



DISCURSO

LEIDO

EN LA SOLEMNE INAUGURACION DEL CURSO ACADÉMICO

DE

1875 A 1876

EN LA

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID.



VALLADOLID:

Imprenta de Garrido.

1875.



G-F- 2099

DBCL
D

DISCURSO

LEIDO

EN LA SOLEMNE INAUGURACION DEL CURSO ACADÉMICO

DE

1875 á 1876

EN LA

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID,

POR

EL DOCTOR DON ANTONIO ALONSO CORTÉS,

Catedrático de la Facultad de Medicina.



VALLADOLID :

Imprenta de Garrido.

1875.

t. 52527
c. 1065839



R. 42464

Ilmo. Sr.:

¡Cómo negar la satisfactoria emoción que experimentamos en estos momentos.

Cuando en los albores de nuestra juventud, edad llena de ilusiones, primavera de la vida, rodeada, como la de la Naturaleza, de todo género de encantos y animación, acudíamos á solemnidades análogas á la que hoy celebra nuestra Universidad, no como miembro ó parte componente del Claustro, sino como alumno que, á lo más, iba á recibir en ellas la medalla y el diploma otorgados, á título de premio y estímulo, al que deseaba estudiar; nuestras miradas se fijaban en el orador que hacia los honores de la fiesta leyendo el discurso inaugural, y juzgábamos su posición la mas distinguida, la mas preeminente á que un Catedrático puede aspirar.

Hallarnos, ahora, desempeñando aquel honroso y envidiable cometido nos es por demás grato, y excede, pero en mucho, á cuanto pudiéramos ambicionar.

Bien merecía, sin embargo, la solemnidad que hoy nos congrega en este recinto otro adalid, provisto de mejores armas y mas diestro en su manejo, para que, teniendo pendiente de su labio á tan distinguida concurrencia, pudiera representar, tan dignamente como hay derecho á exigir, á la Facultad de Medicina, encargada por

turno reglamentario, del discurso con el que abre sus puertas en el año académico de mil ochocientos setenta y cinco á setenta y seis la Universidad de Valladolid.

Mas alentados por su nombre, escudados con el apoyo moral que, estamos seguros, nos ha de conceder y supuesta la natural benevolencia que á todos os distingue, venimos los primeros, lleno de entusiasmo nuestro corazon, á rendir el debido homenaje á la diosa Minerva, símbolo, con tal dictado, de las ciencias y de las artes, así como estamos dispuestos á negar nuestro culto á la misma deidad, cuando con el sobrenombre de Palas es la diosa de la guerra; la guerra, Ilmo. Sr., que para nosotros es un atentado horrible á la religion, á la ciencia y á la civilizacion, y un verdadero anacronismo en las sociedades del siglo diez y nueve.

Es que en las sociedades, como en los individuos, el tiempo imprime tambien su deletérea accion; como estos, aquellas envejecen, se hacen decrepitas y pueden llegar al punto de sucumbir. Tambien las sociedades pueden estar minadas por el escepticismo, por el vicio, por la inmoralidad, verdaderas enfermedades del cuerpo social. No es, pues, de estrañar que, de vez en cuando, ofrezcan debilidades, incongruencias, peroxismos de locura, anacronismos en fin.

Pero en las sociedades, cuando envejecen, puede intentarse un movimiento de renovacion que las vivifique y rejuvenezca, que inocule en todas sus venas, en lugar de sangre fria y carbonizada, otra mas oxigenada y pura que ejerza una mejor y mas saludable accion y, de este modo, curar aquellas enfermedades que tienden á destruirlas, hallándose en la educacion é instruccion el secreto para llegar á tan grandioso magnífico fin.

La Historia nos pone de manifiesto que Roma y Atenas en sus bellos tiempos, que no fueron cortos, eran sociedades viriles y nada en ellas envejecia por tener una educacion fuerte y sana. Nos enseña tambien que el mundo pagano, en el siglo tercero de nuestra era, fué una sociedad decrepita y falta de vigor por carecer de instruccion.

No olvidemos estas enseñanzas de la Historia; tengamos muy

presentes los hechos que acabamos de aducir, y sino queremos, como no debemos querer, que la sociedad actual venga á ser un triste reme lo, una copia fotográfica de aquella última, si  nuestra generacion y  la del porvenir no han de ser bien aplicados los versos de Horacio :

ÆTAS PARENTUM, PEJOR AVIS, TULIT
NOS NEQUIORES, MOX DATUROS
PROGENIEM VITIOSIOREM,

preciso es, antes que el mal se haga demasiado grave, atajarle el paso y cortar su devastador torrente por medio de la instruccion, señalando  la juventud las fuentes de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello, haciéndola comprender su elevada mision,  indicndola los medios de que dispone para cumplirla.

A tan santo objeto aspira de nuevo nuestra querida Universidad; con este motivo se dispone, otra vez mas,  emprender sus provechosas tareas sirviendo este acto de señal convenida, para empezar, de cumplimiento  la cita, dada  la juventud por sus maestros, al finalizar el curso anterior y de anuncio  la sociedad entera, altamente interesada en los resultados siempre, para ella, benedictos, que emanan  torrentes de estos centros del saber.

Al llegar á este punto y antes de formular el tema que me ha de ocupar, permitidme, Ilmo. Sr., detenerme algunos momentos en deshacer un concepto equivoco lo que tiene relacion con el último pensamiento que acabo de emitir.

Es inexacta la idea que personas, no del todo vulgares, tienen aprendida acerca del objeto y alcance de la enseñanza en la Universidad. Mirando las cosas por un prisma muy estrecho, profesan la opinion de que aquella solamente sirve para formar hombres exclusivamente consagrados  las profesiones llamadas de Facultad, y en esta creencia, se atreven  sostener, con el mayor desenfado, que la enseñanza dada en las aulas universitarias únicamente puede aprovechar  los que á ellas tengan la dicha de acudir.

Protestamos con todas nuestras fuerzas del concepto equivocado y peligroso que envuelve semejante modo de ver, cuya tendencia 

empequeñecer y acaso á desprestigiar la sublime mision de las Universidades estamos en el caso de combatir. Si bien es verdad que estas dan á la sociedad hombres profesionales, no lo es menos que los resultados de la instruccion, prodigada en ellas, estienden los beneficios de la civilizacion á todo el pais haciendo florecer las artes y la industria, descubriendo nuevos horizontes á la actividad humana, dando, digámoslo así, el tono general á la cultura de toda la nacion; y en suma, si los pueblos se muestran orgullosos, no sin razon, con sus maravillosos adelantos y efectivos progresos, no lo deben, por cierto, á la casualidad sino á destellos de inteligencias formadas ó, por lo menos, instruidas y educadas en los centros del saber, llámense Academias á lo Platon, Liceos á lo Aristóteles ó Universidades, como decimos en la actualidad.

Por estas consideraciones estábamos en buen terreno al asegurar que la sociedad toda tiene grandisimo interés y no pequeña participacion en los resultados que hayan de obtenerse de la enseñanza que, tras pequeño paréntesis, vamos desde luego á comenzar.

Dispensadme, Ilmo. Sr., haya tardado en llegar á formular el tema que debo desarrollar; me parecía muy del caso, en estos momentos, dejar consignado lo que he tenido la honra de exponer, considerándome como miembro de la Universidad. Y, ahora, siendo Profesor de la Facultad de Medicina, voy á ocupar, como mejor pueda, vuestra atencion, la del ilustrado Cláustro de Profesores y la del numeroso y galante auditorio, que ha concurrido á dar mas brillo y realce á esta solemnidad, con un punto en cuya dilucidacion está aquella grandemente interesada.

Me propongo disertar «*Sobre la influencia de la Filosofía en la Medicina.*»

Seré breve: no está bien ponga á prueba la paciencia de los que me escuchan, ya que no sea dable á mi pequeñez ofrecerles, en cambio de su benévola atencion, un trabajo, notable por la doctrina, y ameno por la forma de tratarle.

Desde la tribuna en que me cabe la honra de dirigiros la palabra, con motivo tambien de un acto inaugural, un distinguido Profesor os hablaba, hace unos cuantos años, del estado anárquico en que, á la sazón, se hallaban sumidas todas las ciencias, y como ellas, aunque no en tan grande escala, las fisiológicas ó ciencias de los seres vivos. No necesito yo empeñarme en penosa tarea para convenceros de cuan poco se ha trabajado, desde entonces acá, para aniquilar la hidra de la anarquía que agita con furor sus cien cabezas, siempre dispuestas á la reproduccion, á poco que las circunstancias le sean favorables.

Todos los ramos del saber continúan, aun, en un desconcierto general representando á la perfeccion un verdadero campo de Agramante, en donde cada cual, desconociendo toda agena autoridad, marcha de su cuenta y riesgo á un fin no siempre conocido, con la pretension de erigir sus opiniones en criterio seguro, que trata de imponer á los demás.

Al procurar definir el estado actual de la ciencia médica un conienzudo escritor de nuestros dias, le describe de la manera siguiente: «Tres ó cuatro sistemas principales, una multitud de variantes y modificaciones que llegan á subdividirse en infinitas divergencias individuales, y sobre todo esto, y como fondo comun, una duda mas ó menos molesta, que asalta á la generalidad y le comunica un tinte bastante marcado de escepticismo, una indiferencia sistemática, un abandono y un desaliento que se disfrazan [á menudo bajo las apariencias del desprecio y del sarcasmo, siendo, por fin, el resultado práctico de todo un empirismo proclamado en voz alta y llevado en triunfo, como una de las mejores adquisiciones del espíritu moderno; tal es, en resúmen, el estado que aparece en las obras y en el periodismo, en

las Academias y en la enseñanza, en el ejercicio público y privado del arte: y si semejante situación no se califica de perfecta se la acepta á lo menos como el menor de los males necesarios.» (1)

Mas no debe sorprenderos este cuadro, que, si es desgarrador para todo aquel que quisiera someter á un criterio de optimismo exagerado la marcha de la ciencia, es lógico y natural para el hombre pensador, que pretende buscar el por qué de los sucesos en las leyes inflexibles, que rigen los pasos de la humanidad al través de los siglos.

No es tampoco motivo este de que deban avergonzarse los hijos de Esculapio: todos los ramos científicos ofrecen un cuadro igual sino es peor, porque todos están influidos igualmente por la filosofía de hoy que, no concentrando sus rayos en un solo foco, los esparce con la misma intensidad por todos los ramos en que se ocupa el entendimiento humano.

Recorred los dominios de las ciencias políticas, ved el de las económicas y morales; en ninguna de ellas se encontrará unidad de concepcion. Ninguna rama de las que se ocupan de lo verdadero, se somete al mismo método para investigar la verdad, sucediendo una cosa análoga en las que entienden de lo bueno y de lo bello. Cada escuela concibe lo bueno y lo bello, segun su criterio particular, decidiendo de la moral y de la bandera de las escuelas artísticas la filosofía adoptada por cada una de ellas.

Dada esta situación de las ciencias y de las artes en la cual, justo es decirlo, no las cabe la menor responsabilidad, seria demasiado exigir á la medicina, ya se la considere como ciencia, ya se la mire como arte, la exhibicion del balance de su activo y pasivo ó de lo que conoce y de lo que ignora, de sus verdades y de sus preceptos, de sus teorías y de sus hipótesis y del *sistema* ú orden de subordinacion entre todos estos elementos, en una época en que ninguna ciencia tiene concluido el suyo. Quien tal hiciera, á mas de una dudosa buena fé, daria muestras de desconocer la marcha de la humanidad

(1) Nieto Serrano: Reforma médica.

que en todo tiempo y en todas sus manifestaciones científicas, artísticas é industriales se ha dejado conducir por la filosofía, al impulso de una idea predominante, que ha dado el tono ó carácter á dichas manifestaciones, hasta el extremo de poderse deducir lo que ha sido una ciencia ó arte en una época determinada, con solo saber la concepcion filosófica de la misma.

Comprobemos esta asercion tan compendiosamente como nos sea posible hacerlo.

Volvamos la vista á las primeras sociedades del Oriente, cuna del género humano, y encontraremos allí las ciencias, las artes y la industria puestas todas al servicio de una idea que todo lo avasalla, tal es la idea de religion. Los jefes de aquella sociedad serán sacerdotes, las leyes civiles y políticas religiosas tambien y por ser la idea religiosa la concepcion de todas sus ciencias, verán la luz las obras teosóficas escritas segun los Schanters, los Vedas, etc., los oscuros misterios, simbolos y doctrinas esotéricas de los sacerdotes de Tebas, Sais y Menfis; por ser la religion dueña de los corazones se levantarán los templos de Babilonia y Persépolis, las pagodas indias, los obeliscos, pirámides y demas monumentos gigantescos del Egipto.

De antemano podreis comprender cuál será en esos paises el carácter de la industria. La única conocida, que era la guerra, será guerra de religion y de aquí ese largo catálogo de conquistas, esa agitacion continua en que vivieron, esas ruinas de unos imperios y acrecentamiento de otros, y, hasta por exagerar el colorido religioso de la guerra en ciertas comarcas, los esclavos, objeto final de la misma entre los antiguos, se consagrarán á los dioses en demanda de su ayuda ó en súplica de perdon.

Por lo que hace á la Medicina, con fundamento se puede admitir que los templos habian de ser las clínicas, los dioses los dispensadores de la salud, los sacerdotes los encargados de propinar los remedios, consistiendo estos en prácticas que, bajo la apariencia de religiosas, encerrarian los preceptos de una sana dietética y de una higiene instintiva y natural conocida por los sacerdotes, pero cuyos

resultados para la salud aquellos procurarían hacer pasar como hechura de los dioses. El pueblo de Israel no será politeísta, pero sus leyes, sus artes y la industria participarán de igual sabor místico que las de los demás pueblos. Se hará intervenir también al Dios de Abraham y de Jacob en la producción y curación de las enfermedades, siendo los Levitas y luego los Profetas los encargados de tratarlas, obedeciendo al ideal entonces predominante.

Seguid conmigo la marcha de la humanidad; detengámonos en la Grecia continuadora de las sociedades del Oriente. No satisfaciendo ya en sus tiempos los misterios, las alegorías y los geroglíficos importados del Egipto, las inteligencias luchan por sacudir el yugo del teísmo en que hasta entonces estaban aprisionadas, y extendiendo su vuelo por los espacios hacen objeto de sus investigaciones al universo entero.

Thales de Mileto profesa el primero que el agua es el principio universal, la única materia de que está formado el mundo, mientras que, para Anaximandro, Anaxímenes y Leucipo respectivamente, aquel estará constituido por un principio etéreo, por el aire ó por el casual concurso de los átomos. Esto nos basta para probar que los sabios de la Grecia se habían impuesto otra tarea muy distinta á la seguida en el Oriente; en este todo lo dominó el *teísmo*; en Grecia el *natu-rismo*.

Si bien la ciencia única entre los griegos, la filosofía, revestía el carácter de natural estudiando la naturaleza y el hombre como el más importante de los seres, no pudo, sin embargo, desprenderse por completo del carácter místico de la época anterior y continuaron haciendo intervenir á sus divinidades en la producción y explicación de muchos acontecimientos. Por lo que se relaciona con la Medicina, aun se atribuyeron las enfermedades á la ira de los dioses, y las curaciones á las ofrendas y sacrificios en honor de los mismos, practicados, á la vez que abluciones, baños y otras prácticas higiénicas, en el templo de Cilene, en la Elida, en el de Epidauro, en el de Las, cerca del golfo de Laconia, en el de Megalópolis de la Arcadia, y en el de Esculapio en el golfo de Mesenia.

Algun tiempo despues, perdiendo la Medicina algo de su carácter místico y teocrático, se hará mas natural en las escuelas ó gymnasios de Gnydo y de Coos.

Las bellas artes entre los Griegos se harán notar por su imitacion de la naturaleza y de tal modo lo hicieron la pintura y la escultura que, como dice un escritor, la representaron fielmente en todas sus inflexiones y vigor, desechando la timidez que tenia encadenada á la escuela antigua.

Es decir que si en el Oriente la idea universal, que daba carácter á las manifestaciones de la actividad, era la religion, en Grecia fué la de la naturaleza y la del hombre, pues, á mas de estudiar la primera, se trabajó mucho en conseguir, por medio de la gimnástica, individuos robustos y bien formados.

Pasarán luego cinco ó seis siglos de completa anarquía en los cuales nada encontraremos terminantemente formulado; las ciencias, las artes y la industria no responderán á idea ó concepcion alguna y la actividad humana se gastará inútilmente en disputas estériles sostenidas por los sucesores de los filósofos griegos. divididos y subdivididos en varias sectas que acabarán, desacreditándose mutuamente, por degenerar en el escepticismo. Solamente en Alejandria, merced á la proteccion dispensada á las letras y á las ciencias por los Ptolomeos, podremos hallar, aunque ya desfigurados los restos de la filosofia pagana, haciéndose en ella algunos descubrimientos en ciencias naturales y en antropología, que pasarán luego á la antigua Roma donde permanecerán, como un cadáver galvanizado, sin dar señales de vida propia. Roma, dice un escritor, despojada del casco, del escudo y de la espada ha de ser Atenas. En moral será Platon Cenon y Epicuro, en Física y Metafísica Aristóteles, en legislacion las doce tablas, en poesia Homero, Sófocles y Anacreonte. en ciencias fisiológicas la escuela hipocrática ó de Coos, algo perfeccionada por los trabajos de la de Alejandria. En nada será Roma original por lo que mira á las manifestaciones del entendimiento; como pueblo, primero conquistador, luego político, vivia en la frugalidad mental que es característica de las sociedades guerreras. Legislacion, his-

toria y elocuencia, hé aquí el alimento intelectual de esas sociedades.

Viene despues un larguísimo periodo, á partir de la aurora del Cristianismo, en que con oscilaciones, pues el entendimiento humano pocas veces marcha sin ellas, veremos reproducirse el *misticismo*, siendo la creencia el lazo comun que imprimirá unidad á la diversidad de voluntades y carácter á las manifestaciones de la actividad humana.

A semejante resultado concurren circunstancias diversas, segun las examinemos en el imperio de Oriente ó en el de Occidente, pero que, en último término, convergerán al mismo fin. En los primeros tiempos del Cristianismo y durante la invasion de los bárbaros en el de Occidente las ciencias y las letras encontraron seguro refugio en el territorio del de Oriente, y colocados los filósofos entre el Africa, Asia y Europa, quisieron unir el espíritu oriental y el griego, la filosofía y la religion, distinguiéndose más que por la síntesis y el análisis, por la inspiracion, por el entusiasmo y por la iluminacion.

En el imperio de Occidente no encontraremos vestigios de ciencias, ni de filosofía al principio de la irrupcion de las hordas del Norte; el rudo empuje de los invasores era mas á propósito para acabar que para fomentar la ilustracion. Pero como despues fuéranse convirtiendo á la religion cristiana y esta, en los primeros tiempos, no favoreciera otros estudios que los teológicos y ascéticos, en la época, á que nos referimos, ser teólogo era sinónimo de sábio, y la teología, idioma de la Iglesia, dominando en absoluto, llegó á ser la única ciencia: respondiendo al mismo ideal, las bellas artes realizaron sus creaciones en los cláustros y catedrales, no faltando mas tarde guerras de carácter religioso como las de los cruzados y las de los sectarios del Koran.

Cuando en el imperio de Oriente, se eclipsó por la invasion de los árabes la pálida luz que reflejaban sus escuelas, apareció por Basora y Bagdad, una ráfaga luminosa precediendo al bello dia que, para las ciencias y las letras, habia de resplandecer en nuestra península, ocupada en parte por aquellos.

Depositarios los sarracenos de los conocimientos que se salvaron

del incendio de la biblioteca de Alejandría, los implantan en España de donde se difunden por Europa, y sacando la ciencia del terreno místico en que la tenía colocado el Cristianismo, dan á conocer sus aficiones á los estudios de la Naturaleza ampliando los conocimientos de Aristóteles, al cual siguieron y comentaron no solo en filosofía sino tambien en ciencias naturales. Hicieron ademas progresar la Medicina en la cual fueron su guia los escritos de Galeno, pero acomodando mas sus esplicaciones al punto de vista físico ó natural. El impulso dado por los árabes hácia el estudio de la Naturaleza trajo en pos de si la ocasion para notables y trascendentales descubrimientos. En el siglo trece se hace el de la brújula; Simon, Mario y Galileo aproximan los astros á la tierra por medio del telescopio; Cornelio Drebel engrandece el mundo de lo infinitamente pequeño ayudado por el microscopio, y Colon prueba con el hallazgo de un nuevo mundo la utilidad del descubrimiento de la aguja imantada.

La física, olvidada durante tanto tiempo por las disputas aristoténico-platónicas tan de moda en la edad media, renace por todas partes con lozanía y vigor siendo el objeto predilecto de las ocupaciones de los sábios. Ya no priva, como en las épocas anteriores, la teología, el dogma, la dialéctica, ya va perdiendo la escolástica su importancia de la que se conservarán solo algunos recuerdos en los claustros, ya no predomina en la investigacion de la verdad el método *á priori*, proclámase la observacion y la esperimentacion como preferibles para las tareas científicas y, por último, las bellas artes y la industria no pueden conservar el carácter que gozaron en la edad media; es que esta se va desplomando para dejar el puesto á otra época histórica de la humanidad, en que el trabajo honra tanto como el talento, y el comercio, las artes, la Física, la Química y la Historia natural hacen cada dia mayores adquisiciones. A operar este movimiento contribuyeron en mucha parte los esfuerzos de Raymundo Lulio y Rogerio Bacon para emancipar la filosofía de la teología, para separar la razon de la creencia, con lo cual se fué preparando el advenimiento de la filosofía mo-

derna del siglo XVII en que se formularon los nuevos métodos filosóficos.

En el siglo XVIII es otra la fórmula que guiará á los hombres en sus investigaciones y así como en filosofía, el racionalismo y el misticismo dejaron el puesto al sensualismo, exagerado sin duda, así los progresos de las ciencias, dichas de observacion, hicieron palidecer el brillo y la pujanza que, en anteriores siglos, tuvieron las llamadas racionales, y las bellas artes y la industria, puestas antes al servicio de la Religion y del Feudalismo, tomaron últimamente un carácter mas en relacion con el individuo, cuyas necesidades tanto físicas como morales trataban de satisfacer.

Asaz ligera es la excursion que acabo de hacer por el campo de la Historia; la creo, sin embargo, suficiente para probar que, el hombre no ha marchado á la casualidad; que, sin saberlo acaso, y sin estar en su mano poderlo evitar, ha seguido en sus manifestaciones y hasta en sus costumbres un rumbo determinado, una direccion impuesta por la fuerza inmaterial de las ideas filosóficas que han prevalecido en cada pais.

Y siendo esto una verdad, ¿podrá estrañar á las personas dedicadas á estudios científicos la feroz anarquía que abruma, en la actualidad á las artes y á las ciencias, dada la que existe en la filosofía de nuestros dias? Seguramente que no. ¿Qué concepcion dominante avasalla hoy las inteligencias en el campo de la filosofía? Creemos que ninguna. Por eso vemos hoy que todos los sistemas tienen partidarios, habiéndolos del espiritualismo y materialismo, del racionalismo y empirismo, del misticismo y escepticismo, del positivismo y del eclecticismo. Todos estos mónstruos se agitan, se amenazan y pelean, pero nunca se devoran; equilibradas sus fuerzas, en medio del desconcierto comun, se conceden una tregua frecuentemente interrumpida por luchas tan estériles como sangrientas.

En correspondencia con esta situacion de la filosofía, hemos dicho, se halla la de las demas ciencias y artes no habiéndose podido librar las fisiológicas, ni la Medicina. Continuar en ella es alta

mente perjudicial á la humanidad y por mas que poner término á tal confusion de ideas y aspiraciones tan diversas sea una empresa superior, solamente reservada á los gigantes de la inteligencia, intentarlo, tratando de establecer ciertos puntos fijos, que puedan servir de faro en el camino abierto á las investigaciones de todos, creemos no sea una temeridad.

Al querer realizar nuestro propósito, anticiparemos la idea, conforme en este punto con la opinion de un distinguido Profesor de la Facultad de Medicina de Barcelona, (1) que no esperamos venga el remedio á las trasgresiones científicas de un ramo de los conocimientos de la ciencia misma que se piensa reformar, y, por lo que llevamos expuesto, fácilmente se puede deducir que en la Filosofía hemos de tener criterio seguro para juzgar de la verdad en cada uno de ellos y el medio de corregirlos.

Pero como no faltan partidarios de la esperiencia que, considerando á esta infalible y dándose por bien satisfechos con sus resultados, sin ambicionar, dicen, los falsos oropeles de los sistemas ni querer estraviarse en el campo de livianas abstracciones, rechazan no solo la ingerencia de la Filosofía en la Medicina sino hasta su legítima existencia, conveniente será nos detengamos algunos momentos en combatir estas apreciaciones de los afiliados al empirismo.

Para ellos la palabra Filosofía, es una voz sin significado, es una pretendida ciencia sin objeto que, habiendo querido tener en la antigüedad bajo su dominio el conocimiento de todas las cosas, ha ido perdiendo, poco á poco, porciones de sus dominios y hoy es el día en que nada le ha quedado. Hay más; cuando uno emplea la locucion de «Medicina filosófica», por ejemplo, es calificado de un modo poco favorable por los que creyéndola una ciencia de hechos, estos y solo estos aislados la constituyen.

Menester es salir al encuentro á los que tienen tal modo de discurrir, y así como á unos podemos objetar que los hechos, materia indispensable de los conocimientos, aislados no forman ciencia, ne-

(1) Dr. Letamendi: Discurso sobre los elementos generales de la ciencia.

cesitando para ello, cierto enlace, cierta sistematización, semejante á la construcción sintáctica por la que las letras forman palabras, oraciones y discursos, á los primeros podemos argüir y acaso convencer de que la Filosofía, como dice Cousin, no es un capricho ni un lujo de pensamiento, pues tiene su fundamento en la naturaleza común á todos nosotros. La Filosofía, añade el mismo autor, no es el producto de una vana fantasía sino el desarrollo necesario del pensamiento, y tiende á satisfacer una necesidad muy elevada, pero tan verdadera como las demás é inherente á la constitución misma de la humanidad.

Y así debe suceder en efecto: hay ciencias particulares que estudian y explican un objeto determinado; las Matemáticas la cantidad, la Física los cuerpos, la Antropología el hombre, etc., pero estas ciencias particulares estudian y explican su objeto sin estudiar y explicar la explicación que ellas mismas dan. De aquí la necesidad de otra ciencia que, á su vez, explique la efectividad de las ciencias particulares, y este es el verdadero objeto asignado por Kant á la Filosofía en los tiempos modernos. En la antigüedad la Filosofía explicaba las cosas en la ciencia universal, ahora explica el conocimiento de las cosas.

Aun existe otra razón que nos hace admitir la ciencia filosófica y su ingerencia en las explicaciones de las demás.

En las ciencias particulares encontramos cuestiones trascendentales que ya no son propias de ellas, que salen de los estrechos límites de su dominio particular. Para no multiplicar los ejemplos, citaremos, tan solo, la importante cuestión sobre el origen de todo lo que tiene vida, emanada del estudio particular de la evolución de los organismos y el problema sobre el fin del mundo derivado de lo que se ha convenido en llamar el *cambio ó círculo eterno de la materia*.

No es seguramente la Filosofía una ciencia para la vida, según se dice en el lenguaje de los filósofos, porque con ella no se consiguen reglas de conducta y de dirección, pero de aquí á negarla el carácter de ciencia media una distancia inmensa. Le basta y sobra para

tenerle el recoger y examinar los resultados de las ciencias y desarrollar el método científico propio á cada una de ellas, tomando de estas lo que ella necesita, los fundamentos de la esperiencia, y pres-tándolas lo que no tienen, la relacion general entre sus conoci-mientos. Tal es el concepto que debe formarse de la Filosofía de acuerdo con la mayor suma y mejor parte de los filósofos.

De esta manera de considerar las cosas claramente se desprende la existencia de una sola filosofía, la Filosofía fundamental; no sien-do por lo tanto muy exactas las locuciones, (sea dicho con permiso del lenguaje oficial que las admite, al menos la primera) de Filosofía del Derecho, Filosofía de la Medicina, etc., verdaderos engendros abortivos que, con razon, hacen exclamar al Dr. Letamendi: ¡Des-dichada la ciencia que se jacta de tener su filosofía! De aquella, de la fundamental ha de venir, como hemos dicho, para todas las cien-cias el remedio, que destruya el cáos babilónico en que se hallan su-mergidas y en esta creencia por lo que hace á la ciencia y arte mé-dica se halla tan distinguido compañero en el Profesorado al expre-sarse de esta manera: «persuadidos vivimos de que á la Medicina se la ha de reformar sin hablar una palabra de Medicina.»

Si nuestros deseos vehementes en este punto no ofuscan la razon esperamos ver algun dia realizadas estas bellas aspiraciones. Hay, sin embargo, una grande é inmensa dificultad que se opone á tanto bien, y consiste ella en la falta de inteligencia entre los filósofos, en la profunda anarquía que se descubre por doquier cuando se trata de Filosofía. Y no es esta la única contrariedad que se presenta en nuestro camino. El mismo desacuerdo entre aquellos, la falta de una concepcion preponderante, que á todos les juntara, ha intro-ducido tal perturbacion en el lenguaje de la ciencia de las ciencias, que ciertos términos son incomprensibles, otros tienen diferente y aun opuesta significacion segun las escuelas y, podemos decir, segun los filósofos, llevándose el desórden en este punto á un grado tal que, hace dudar si, entre los reunidos para construir la torre de Babel, reinaria mayor confusion en el lenguaje que el exis-tente hoy entre los amantes del saber, segun diria Pitágoras.

Y para que no se crea estremada esta opinion, podemos apoyarla en la autoridad de Mad. de Stael que hablando de Kant, dice « toma las palabras como cifras y las da el valor que le acomoda sin pararse en el que tienen por el uso », y en la de Schelling cuando afirma que los alemanes han filosofado tan largo tiempo entre sí solos. que, poco á poco, se han apartado en sus ideas y en su lenguaje de las formas universalmente inteligibles, llegando á tomar por medida del talento filosófico los grados de apartamiento de la manera comun de pensar y de espresarse; ha sucedido, dice, á los alemanes lo que á las familias que se separan del resto del mundo para vivir únicamente entre ellas y que acaban por adoptar, á mas de otras singularidades, espresiones que les son propias y que solo ellos mismos pueden entender.»

Y el caso es que esta censura no solo puede y debe aplicarse á los filósofos alemanes, sino al autor de ella y á muchos otros, aun de nuestra nacion, que, al parecer, han olvidado que toda filosofía que no sea inteligible para todas las naciones ilustradas y accesible á todas las lenguas no puede ser, por lo mismo, segun la opinion de Schelling, una filosofía verdadera y universal.

No es, pues, con una filosofía abstrusa, como la venida de las nebulosas regiones germanas, con la que hemos de conseguir el objeto que acariciamos; de otra cuyos principios descansan sobre verdaderos conocimientos, que puedan comprobarse perfectamente en los hechos y cuyas leyes hallen cumplimiento constante y seguro en la naturaleza, expuesta con la mayor sencillez y claridad posibles, debemos esperar la reforma de la Medicina.

Séanos permitido indicar, nada mas que indicar, ciertas nociones generales con la ayuda de las que, convenientemente desenvueltas, creemos podria llegarse á nuestro *desideratum* no debiendo hacer otra cosa por no molestaros con las que os son bien sabidas y por no tener pretensiones ni talentos para mas.

Los filósofos idealistas tienen la pretension de considerar á la Psicología, ó ciencia del espíritu humano, como el fundamento de la Filosofía, como la base intelectual, sin la cual todas las doctrinas,

todas las ideas oscilarían en el vacío, sucumbiendo al primer ataque serio, que contra ellas se intentara; solamente la ciencia del espíritu, dicen por medio de uno de sus más distinguidos partidarios, puede procurarnos la certidumbre y la convicción porque conduce la inteligencia, por un método racional, de un grado de conocimiento á otro más elevado y, si es posible, hasta el principio de toda ciencia, idéntico con el principio de toda realidad, que es Dios. Sin Psicología la Filosofía perdería su carácter científico; sus doctrinas entrarían en el número de la multitud de opiniones que, no teniendo fundamento sólido en el espíritu, nacen y desaparecen como objetos de moda que no merecen más precio que el imaginario del momento. En apoyo de este modo de ver, hacen observar que, á una investigación nueva del espíritu humano, ha sucedido una nueva época para la Filosofía. Cuando, en los tiempos inmediatos á Sócrates, las sutilezas de la escuela eleática y el empirismo de la jónica se habían declarado una guerra á muerte que en vano intentaron evitar Anaságoras y Empédocles secuaces de una y otra, haciéndose mútuas concesiones, apareció una nube de sofistas y se hizo necesario un nuevo espíritu filosófico para dar con la verdad. Entonces Sócrates, apoderándose del sábio precepto *nosce te ipsum*, y aplicando la reflexión á la conciencia, causó una grande revolución de la que nació la Filosofía verdaderamente griega, no sin que atrajera la muerte á su autor, víctima de las torpes calumnias de los Aristófanes y Melitos, pero cuyo espíritu filosófico, después de su muerte, engendró los grandes sistemas de Platon y de Aristóteles considerados, no sin razón, como el eterno honor del espíritu humano.

En circunstancias parecidas lleva á cabo Descartes una reforma análoga. Antes de él, la Filosofía era esclava de la Teología, la fé oprimía la razón, la revelación reemplazaba á la observación, y si bien no todos los ánimos se dejaban avasallar por la autoridad de los santos Padres, inclinaban todavía la cabeza á la voz de los filósofos griegos. Descartes sacude completamente una y otra autoridad proclamando, con decidido desenfado, la de la conciencia, la de la razón, y formula aquel célebre apotegma, *cógito, ergo sum*.



No negaremos á los que así piensan una parte de verdad, pues la investigación y mejor conocimiento del espíritu humano no puede dejar de ejercer una provechosa influencia en la mejor nocion, que se forme, de la ciencia universal, por ser aquel conocimiento uno de los elementos en que esta puede hallar sólido apoyo: semejante apreciacion, sin embargo, tiene el defecto de ser exclusiva, y sabido es, que el exclusivismo ha hecho y está haciendo mucho daño en todos los ramos y manifestaciones del humano saber.

Peca de exclusivismo, en primer término, porque no es la Psicología sino la Antropología el fundamento humano de toda idea general; y, aun así, solo debe tenerse como uno de los puntos de partida que deben aceptarse y reconocerse. No basta, para convencer á todos, citar las autoridades de Sócrates y Descartes; pues, á imitacion suya, no faltará en la actualidad quien, admitiendo la duda como la mejor almohada para una buena cabeza, segun dicen los escépticos, dude acerca del verdadero sentido de los lemas inscriptos en su bandera por aquellas celebridades y se atreva á decir, que el precepto socrático no se refiere solo á la investigacion del espíritu, sino al conocimiento de todo nuestro ser, y que la fórmula Cartesiana no resultaria menos cierta, si estuviera concebida en los siguientes términos: *respiro, luego existo*. Este hecho de observacion propia, la respiracion, no hubiera permitido dudar al autor del *Discurso sobre el método* de su existencia individual, y de él hubiera podido partir, como verdad primera, para aceptar lo que fuera evidente y nada mas que lo evidente, en lo cual consistia su criterio. Pero dejemos esta vía de especulacion, y, para no caer en el exclusivismo que lamentamos, dispongámonos á establecer la base de una buena filosofia en el estudio del hombre, tal cual es, y en la consideracion de los fenómenos naturales. «La ciencia de la naturaleza, dice Liebig, es la vía por la cual llegamos al perfeccionamiento intelectual. Sin el conocimiento de los fenómenos y leyes naturales se desvanece quien intente formarse una idea de la omnipotencia y sabiduria insondable del Creador. Cuanto puede representar la imaginacion más fecunda y el espíritu más elevado no es, comparado

con la realidad, más que una ampolla de jabon vacía cambiante é irisada.»

Por olvidarse de la naturaleza la filosofía de la edad media y querer, por sí sola, determinar las leyes del pensamiento, dió origen á la astrología, á la alquimia, á una lógica, como la de los escolásticos, plagada de fórmulas á propósito todas para llevar por un camino lleno de obstáculos el desarrollo intelectual, y á una medicina que, durante muchos siglos, fué muy rica en síntomas y remedios pero que apenas formuló una sola ley.

Abandonemos, pues, el campo estéril de la Filosofía especulativa y siendo nuestro guia el criterio de la que se apoya en la experiencia, procedamos á dar cima á la última parte de nuestro trabajo, que, con seguridad, se os irá pareciendo, sobre pobre, algo pesado.

El hombre encuentra fuera de sí una multitud de otros seres que, si, á primera vista, pudiesen aparecer sin ningun enlace, la observacion atenta de ellos y de sus fenómenos muy pronto haria comprender que entre todas las partes del mundo, como decia Pascal, existe tal relacion y un encadenamiento tal que se le hacia imposible conocer la una sin la otra y sin el todo, viniendo cada ser á representar un eslabon de aquella cadena que, segun Homero, pende del cielo á la tierra en que vive el hombre. Todos ellos, en efecto, no forman un conjunto discordante, ni un mundo sin bellezas, ni un laberinto sin orden; todo está íntimamente enlazado para que, de las existencias individuales, resulte la existencia general.

Unos de estos seres representan grandes masas, que giran en sus órbitas por el espacio sin chocarse ni entorpecerse, siendo la tierra uno de esos inmensos seres aunque pequeño en comparacion con los demas. En la costra solidificada de este planeta se hallan las condiciones materiales para la existencia de los seres orgánicos. De sus montañas están desprendiéndose de continuo porciones mayores ó menores de minerales, que arrastrados por el agua, parte en suspension, parte en disolucion, son llevados á las llanuras, depositándose en sus fértiles campos para servir de alimento á las plantas, que lo

serán, á su vez, de los animales y del hombre. Este y aquellos los retendrán formando parte de su sustancia tan solo temporalmente, devolviéndoles despues al reino inorgánico de donde procedieron; de suerte que hay gran exactitud cuando se dice que la vida terrestre toda entera no es mas que un inmenso cambio de materias entre los reinos orgánico é inorgánico.

No es nuestro intento estudiar por separado y en sus detalles los cuerpos de uno y otro; colocándonos en un punto de vista general basta para nuestro objeto investigar las influencias que median entre ellos y el modo como estas tienen de ejercerse.

Los del sistema planetario, á mas de moverse de una manera calculada en los designios del Creador, obrando unos sobre otros segun sus masas y distancias, son algunos de ellos, respecto de la tierra, focos de calor y de luz cuyos rayos llegan á los seres tanto inorgánicos como organizados, que se hallan en su superficie, influyendo en la temperatura y coloracion de todos y hasta en ciertos fenómenos primordiales de los últimos, como sucede en la nutricion.

Y ¿qué es la luz? ¿qué es el calor? ¿cómo se ejerce su influencia? Tales son las preguntas que se hace el observador despues de haber apreciado una y mil veces sus efectos. Los AA. modernos consideran á dichos agentes como verdaderos movimientos; y no pudiendo el entendimiento humano imaginar el movimiento sin imaginarse, á la vez, un cuerpo que se mueva, admiten que este es una sustancia de propiedades mecánicas determinadas, que puede ser ó no una forma de la materia ordinaria, pero á lo cual, séalo ó no, dan el nombre de *éter*. Admiten ademas que el movimiento impreso por la mano invisible del Creador en la materia hirviente de los sóles es trasmitido, por las vibraciones de ese semi-espiritual fluido, que todo lo llena y todo lo penetra, hasta la tierra, donde pone igualmente en movimiento las moléculas de los cuerpos sobre que obra, y de los cuales por un encadenamiento sucesivo, puede pasar á otros y otros de un modo indefinido. Por esto, sin duda, se ha dicho y repetido en todos los tonos, que en la naturaleza no

se conoce el reposo, todo en ella es movimiento y movimiento sin fin, aun cuando no siempre sea perceptible. No son visibles las ondas del aire que constituyen los sonidos, y, sin embargo, las estudiamos con la inteligencia y las describimos con nuestra imaginacion; pues una cosa análoga sucede con los movimientos vibratorios del éter.

Cuando un rayo de luz obra sobre una disolucion de nitrato de plata, por ejemplo, una parte de oxígeno se desprende volviéndose negra la disolucion por quedar libre cierta cantidad de plata metálica. La causa de esta descomposicion no es otra que la vibracion muy rápida producida por el rayo de luz en ciertas moléculas á las cuales obliga á entrar en un movimiento diferente á los de las restantes de la sal argéntica. Y no se crea que el rayo de luz solamente tiene influencia para descomponer; pues tambien, por su accion, se une el cloro con el hidrógeno para formar ácido clorhídrico, el oxígeno con el azufre y el arsénico para formar el sulfuro amarillo de arsénico y la luz es la condicion para el desarrollo de las materias colorantes en las plantas dándoles los variados y caprichosos colores que nos encantan y deleitan.

Cuando las vibraciones del éter llegan á los cuerpos bajo la forma de color, inducen igualmente en ellos movimientos moleculares cuya estension es á veces susceptible de medida, siendo deducidos por nosotros en muchas ocasiones mediante la impresion que causan en el sentido del tacto aplicado á sus superficies.

Estos dos agentes, la luz y el calor, ayudados en parte por la electricidad, son las dos grandes palancas que agitan el mundo animado é inanimado interviniendo en sus movimientos íntimos, no de una manera ciega y fatal, sino dirigidos por una inteligencia suprema reconocida por hombres pensadores y cantada por los poetas. *Mens agit molem* se dijo hace ya muchos siglos, y nosotros debemos repetirlo todos los dias.

Aunque en escala inmensamente menor, podemos nosotros conmover las moléculas de los cuerpos, valiéndonos de algunos que tienen, como en depósito, focos de luz, de calor y de electricidad.

Podemos descomponer la disolucion de nitrato argéntico con la llama de una bujía; podemos hacer entrar en movimiento de expansion á las moléculas del agua y aplicarle en ese estado á poner en movimiento una de las infinitas máquinas que son el orgullo de la industria moderna; podemos, en fin, hacer volar nuestro pensamiento al través del espacio, de los mares ó de las entrañas de la tierra con solo cambiar el estado eléctrico de los cuerpos metálicos.

A estas maneras de obrar unos cuerpos sobre otros debemos adiccionar la ejercida por la presion atmosférica la cual influye poderosamente en el estado de los mismos y en los cambios que en él puedan tener; el ácido carbónico, por ejemplo, que es gaseoso ó aeriforme á la presion ordinaria, sometido á otra, treinta y seis veces mayor, se condensa en un líquido incoloro, cuyo cambio no es mas que un movimiento de concentracion molecular y por último, falta que enumerar otra accion, más íntima aun, consistente en el contacto mútuo ó en la asimilacion por unos cuerpos de la sustancia de otros que pasan á convertirse en parte integrante, por cierto tiempo, de los primeros,

Los cuerpos de la naturaleza al obrar entre sí de cualquiera modo de los que llevamos examinados, hacen variar las propiedades del que recibe la influencia en proporcion al cambio molecular verificado en él; y apoyados en esto cuando apreciemos una variacion de aquellas, seremos lógicos admitiendo un cambio molecular, aunque no nos sea dable demostrarle.

De lo expuesto podemos deducir que la influencia de unos cuerpos en otros no se ejerce por vias misteriosas, sino por movimientos de calor, luz, electricidad, aire atmosférico ó por cambios de los mismos cuerpos en el espacio tocándose ó penetrándose sus respectivas moléculas, siendo siempre el resultado de aquella accion un cambio ó movimiento molecular.

Ahora bien; llamando fuerza á toda causa de movimiento, hemos de considerar, como tal á la luz, al calor, electricidad, etc., ó méjor, á los cuerpos luminosos, caloríficos, eléctricos, etc. No obstante de ser esto así, por efecto de la educacion recibida en la niñez

y por una tendencia irresistible que nos lleva á personificar las cualidades de las cosas, manifestada, en otros tiempos, por creaciones de imaginacion con que los poetas llenaron las aguas de las fuentes, las grutas de las montañas y las ondas del aire, hemos caido en el error de ver en las fuerzas unas entidades fuera de los cuerpos y distintas de ellos, que se yusta-ponen á los mismos como los colores de que se sirve un pintor se sobreponen en una tela blanca para darla las cualidades de un cuadro ó como las prendas de vestir que se ponen y quitan á voluntad para dar al individuo un aire determinado.

Y si esta manera de proceder no pasara de ser un artificio de retórica de nuestro espíritu que recurre al estilo figurado para poder espresar lo que de otro modo fuera difícil conseguir, nada nos ocurriria objetar; pero no siendo así, habiéndose dejado arrastrar por ella, entre otras cosas, á negar la actividad de los cuerpos (y entiéndase bien, se habla de actividad, no de espontaneidad) y á admitir, como consecuencia de aquella negacion, la *fuerza de afinidad* por los químicos, los *arqueos*, la *fuerza típica*, la *fuerza vital* por los fisiólogos, queriendo dar á entender con esto que las fuerzas pueden ser independientes de los cuerpos, que los orgánicos están regidos por diferentes fuerzas que los inorgánicos y que entre unas y otras hay lucha eterna, contrariedad permanente y continuo antagonismo, estamos en el caso de salir por los fueros de la verdad, llamando en nuestra ayuda á la observacion para proveernos de datos y á la lógica para sacar bien las consecuencias.

La aplicacion atenta de nuestros sentidos á los hechos nos pone de manifiesto que los cuerpos son estensos, pesados, tienen color, temperatura y otras propiedades entre las que se cuenta la de unirse sus moléculas con las de otro cuerpo, cuando están unas y otras libres y suficientemente próximas. Esto nos dice la observacion y así como para explicarnos las primeras propiedades no apelamos á fuerza alguna, para darnos cuenta de la última tampoco debemos apelar á la llamada de afinidad, segun aquel principio de que no han de multiplicarse los entes sin necesidad. Basta decir, por ejemplo,

que el oxígeno tiene la propiedad de combinarse con el hidrógeno para formar agua sin hacer intervenir una fuerza cuya ingerencia en los fenómenos químicos no esparce la menor claridad. Ningun paso gigantesco ha dado la Química por estar hablando todos los días y á cada paso de la fuerza de afinidad; gracias á que el estudio de los hechos que la constituyen, de las circunstancias que les modifican y de las leyes que les rigen ha colocado á dicha ciencia á grande altura, pues de lo contrario estaria muy próxima aun á la Alquimia su legitima antecesora.

Mas podrá decirse que la cuestion es otra tratándose de los cuerpos vivos. Sus variados fenómenos y manifestaciones autorizan, segun los vitalistas, á crear una fuerza de que carecen los inorgánicos, para con ella podernos dar satisfactoria esplicacion de aquellos hechos y manifestaciones. Oigamos sino las opiniones de algunos fisiólogos de aquella escuela. Stahl sostenia contra los yatroquímicos, que esplicaban los fenómenos de la vida por reacciones y fermentos, la necesidad de una fuerza conservatriz del cuerpo humano puesto que las físico-químicas no solo son diferentes de las que regulan las manifestaciones vitales sino contrarias á ellas y por su antagonismo tienden á destruir aquel en vez de conservarle. Dicha fuerza, añadia, obra con inteligencia, con calculado desig- nio para la conservacion; y, desde este momento, pensó en identificarla con el alma racional. Cierto es que, mas tarde, otros vitalistas concedores de las exageraciones de Stahl distinguieron el alma de la fuerza vital, pero cayeron en sus mismos errores, no por completo salvados despues por los partidarios del vitalismo, de las propiedades vitales, es decir, de aquel sistema que ya no admitió la idea de una fuerza independiente ó separada de la sustancia de los seres vivos.

Para Bichat, el más genuino representante de este vitalismo, la razon de los fenómenos vitales no debia buscarse en un principio in- material superior sino en las propiedades de los tegidos con las cua- les deben estar relacionados como el efecto á su causa. Colocada en este terreno la cuestion parecia inevitable ya llegar á la verdadera

explicacion de los fenómenos, y sin embargo, es bien cierto que Bichat dió algunos pasos hácia atrás, volviendo á profesar la opinion de que las propiedades vitales son absolutamente opuestas á las físico-químicas, á considerar la vida como lucha entre acciones opuestas y la muerte como el triunfo de las últimas sobre las primeras; y siendo las propiedades de los cuerpos inorgánicos eternas como los seres á que pertenecen, deduciáse, segun el criterio de antítesis aceptado, la necesidad de la muerte de todo cuerpo organizado, lo cual, por cierto, no era un gran descubrimiento, pues lo enseña diariamente la observacion. Cuenta la fábula que Prometeo, habiendo formado algunas estatuas de hombres, robó fuego del cielo para animarlas: este fuego es el emblema de las propiedades vitales; mientras arde, la vida se sostiene y desaparece cuando se apaga, quedando la materia de las estatuas que será eterna.

La ciencia moderna ha probado, con toda clase de pruebas, que no es diferente la materia de los seres orgánicos y de los que carecen de organizacion; y por lo tanto, siendo la misma y siendo las propiedades una cosa inherente á ella, no pudiendo existir estas sin aquella, ni la materia sin propiedades, no cabe la distincion entre vitales y no vitales ni tienen fundamento admitir antagonismo y lucha, triunfo y derrota de unas sobre otras. Las mismas propiedades tiene la molécula de hierro que recorre en la piedra meteórica la esfera celeste, que la que marcha en la rueda de un wagon frotando sobre los rails, que la que en un glóbulo sanguíneo circula por las sienas de un poeta.

Y en cuanto á la cuestion de fuerza vital, de admitirla, tendríamos forzosamente que considerarla con independenciam de la materia á la cual se uniria cuando ésta pasára de un ser inorgánico á un vegetal ó animal, abandonándola luego al ser devuelta por estos, otra vez al reino inorgánico. Seguros estamos será rechazada esta consecuencia por el vitalista más exagerado.

Aceptemos lisa y llanamente que, al hacerse compleja la composicion de un cuerpo, aparecen fenómenos mas complicados tambien, porque, en el nuevo estado de combinacion, el calor, la luz, la electri-

cidad, la presión atmosférica y demás movimientos, que, sin cesar obran sobre los cuerpos encuentran condiciones más favorables para su acción; reconozcamos la limitación de nuestra inteligencia para darles explicación satisfactoria y la escasez é insuficiencia de nuestros medios para imitar, siquiera, á la naturaleza; y haciéndolo así, proclamamos muy alto la omnipotencia y sabiduría de Dios, que con unos cuantos agentes, por medios sencillísimos realiza en el mundo de los seres organizados verdaderos prodigios que al hombre solo es dado admirar, pero nunca reproducir ni copiar. Para obtener, por ejemplo, en nuestros laboratorios por la vía de la síntesis el *ácido oxálico* necesitamos emprender complicadas operaciones; su obtención, sin embargo, se pregonaba con cien trompetas como un triunfo de la Química moderna, ¡cuando en la naturaleza lo prepara silenciosamente y sin el menor aparato la humilde *acedera!*

Bien sabemos que, conduciéndonos como decimos, han de quedar muchos fenómenos sin explicación; pero vale más confesar propia ignorancia y trabajar, día y noche, para disminuirla agrandando la esfera de nuestros conocimientos, que no tratar hipócritamente de ocultarla creando un ente de razón y hacernos la ilusión de que con él llenamos un vacío en nuestras explicaciones. Lo que importa en las ciencias es guardar consecuencia con los principios y no merece la pena faltar á ellos por introducir una entidad con la pretensión de darnos cuenta de lo que ignoramos. Y aunque, procediendo así, no desconocemos las objeciones que pueden hacerse á la doctrina por nosotros sostenida, y aun cuando sabemos la dificultad de dar, hoy por hoy, cumplida contestación á todas ellas, no nos encontramos dispuestos á dar un paso atrás, mientras no se opongan á los nuestros otros principios más fundados y aceptables.

Resumiendo lo espuesto, podemos deducir, que la influencia de los seres naturales entre sí se ejerce, no por emanaciones misteriosas de una fuerza que se yusta-pone á ellos, sino por movimientos que, bajo la forma de calor, luz, electricidad llegan á ellos desde los astros, transmitidos por las vibraciones del éter, fluido que, como dice Tyndall, es admitido por los sábios no como un sueño vago sino como

una realidad susceptible de comunicar sus conmociones á otras sustancias con arreglo á las leyes conocidas del movimiento. Deduciremos tambien que de los seres sublunares parten movimientos, bajo igual forma, que son comunicados á otros y otros, estableciéndose así una cadena sin fin, puesto que todo efecto viene á ser causa de un efecto subsiguiente: que, á mas de estas acciones, se ejercen otras por la presion del aire, por el contacto mútuo de los cuerpos y por su penetracion molecular, si así es permitido espresarse; y por último, que, llamando *fuerza* á toda causa de movimiento y siendo este producido por cuerpos calientes, luminosos, pesados, etc., debemos acostumbrarnos á no ver en aquella palabra mas que una fórmula introducida en el lenguaje para facilitar la locucion, pero no una realidad fuera de los cuerpos.

Hecho el estudio de la naturaleza bajo un punto de vista apropiado á nuestro objeto, pasemos á hacer el del hombre tal cual es, pues de esta manera ha de ser considerado para poder tener su conocimiento como otra de las bases de una buena filosofía.

El que menos concede al hombre le coloca á la cabeza del reino orgánico animal; nosotros pertenecemos al número de los que admiten un reino aparte, el *reino hominal*, donde figura solamente el *rey de la creacion*. Se distingue efectivamente el hombre de todos los demas, entre otras cosas, por un poder de que ellos carecen, cual es la aptitud de estudiarse á sí propio y de estudiar, conocer y esplicar los otros seres que están fuera de él. No es de estrañar, que asombrados los antiguos de este poder esclamaran maravillados diciendo: *Magnum profundum est homo*. En el hombre hemos de considerar no solo el cuerpo, como quieren los materialistas, ni solo el espíritu como pretenden los espiritualistas, sino el espíritu sustancialmente unido al cuerpo cuya union constituye su personalidad. Bajo el punto de vista de ser corpóreo y organizado, al hombre son aplicables las mismas reflexiones que á los demás seres de la Naturaleza, no habiendo motivo, por lo tanto, para volver á repetir lo que, hace un momento, acabamos de exponer.

Estudiado como ser espiritual, presenta á nuestra observacion

sentidos destinados á recibir la impresion de los objetos exteriores, de sus propiedades, de sus fenómenos y de sus movimientos, y partes conductoras de estas impresiones, que llevan al alma los estremecimientos de los cuerpos, así como el éter, de que hablábamos poco há, trasmite hasta los cuerpos terrestres los de los soles y demas estrellas.

Solo que aquí no es la sustancia conductora una materia semi-espiritual sino una masa sólida con circunvoluciones, parte de ella, á manera de ondas susceptible cuando mucho de modificar lo que trasmite, como la demuestran los hechos de la patología cerebral, pero jamás apta para percibir, lo cual corresponde al espíritu. La misma sustancia cerebral y sus expansiones centrífugas dan paso, despues, á las determinaciones del alma pudiéndolas tambien influir pero de ningun modo realizar, pues esta mision está confiada á las masas musculares. De suerte que, así como los sentidos, partes organizadas, son la primera etapa del funcionalismo psíquico, los músculos son la última y el cerebro con sus prolongaciones, al que algunos conceden tanta y tan principal accion, es solamente un conductor centrípeto unas veces, centrifugo otras, modificable y capaz de modificar. Esto ya nos advierte de la necesidad, en gran número de casos, de impresiones ó del recuerdo de las adquiridas anteriormente para que nuestro espíritu pueda funcionar; mas sucede tambien que en otras se determina en virtud de conmociones provocadas por ideas generales que ella misma ha formado combinando las particulares ó concretas relativas á objetos concretos ó individuales.

Las ideas generales así formadas constituyen los principios, propios unos de tal ó cual ciencia, relativos otros á la filosofia ó ciencia universal y, por lo tanto, aplicables á todas ellas. Una vez formulados nos sirven de punto de partida en la exposicion y más fácil enseñanza de las verdades concidas, de piedra de toque para aquilatar el valor y la certeza de las que nuevamente se vayan adquiriendo y de norma reguladora de nuestros procederes en la vida social.

Expuestas ya, aunque con suma brevedad, estas consideraciones

acerca de la naturaleza y del hombre, veamos las aplicaciones que de ellas pueden hacerse en nuestras investigaciones y especiales estudios para dirigirles en el sentido reformador que reclama con imperio el estado actual de la Medicina, tanto bajo el aspecto científico como del de su aplicación. Y para no ser excesivamente difuso condensaremos nuestro pensamiento en el menor número de corolarios que nos sea posible.

En primer lugar, debiendo estudiar la Medicina al hombre sano y enfermo, claro es que han de aplicarse atentamente los sentidos para recoger hechos relativos á uno y otro estado; es decir, debemos *observar* y *esperimentar*. No hemos de quedarnos, como el empirico, en el terreno de los hechos; hemos de buscar su significación, sus relaciones, su valor, y de este modo llegaremos á formar nociones particulares de la organización y del funcionalismo en el estado de salud y en el de enfermedad. Reunidas muchas ideas particulares, contrastadas, que sean, por medio de la comparación con las verdades axiomáticas ó principios de la ciencia universal, formularemos otros propios á la ciencia del hombre cuidando de no pasar á lo general sin haber previamente reunido el número suficiente de ideas ó nociones particulares. Procediendo así, no es posible fingir ni inventar; apreciaremos, sí, con exactitud lo que es el hombre en la naturaleza.

En segundo término, al estudiarle como ser físico, le hemos de ver formado por un conjunto de órganos, encargado cada uno de un acto particular, aunque relacionado este con el de los demás para realizar el *consensus unus*, *conspiratio una*, entre acciones diversas, cuya derivada es la gran función de la *vida*. Cada órgano ha de ser considerado como un agregado de partes elementales, entre las que existe igualmente el *consensus*, y siendo cada una de estas partes de una composición química bastante compleja, la acción ejercida en ellas por los cuerpos de la naturaleza mediante las transformaciones del movimiento no puede menos de producir resultados variadísimos según lo consignado más atrás. Admitiremos como verdad incuestionable que aquella acción sobre la organización hu-

mana tiene lugar por un movimiento de radiacion calorífica, lumínica, eléctrica, de contacto y de composicion ó molecular; y, en sus efectos, no hallaremos, como resultado habitual, otra cosa que proporcion y armonía y, solo accidentalmente, desproporción y antagonismo. Cuando esto suceda, se originará en la sustancia de los órganos una perturbacion de sus fenómenos primordiales ó una lesion en sus caractéres anatómicos que, cambiando su modo de funcionar normal propio del estado de *salud*, engendrarán la *enfermedad*, forma accidental de la vida ó de los seres vivos, á la cual por no ser una cosa yusta-puesta al cuerpo humano, no puede aplicarse con propiedad la accion de los verbos *espulsar*, *yugular*, etc., y otros por el estilo usados con más frecuencia que exactitud. Para volver al individuo del estado de enfermedad al de salud, hemos de acudir á los agentes ó modificadores habituales de su organismo, y no bastando estos, á otros cuya accion ha de esplicarse, no por vías misteriosas, sino por procedimientos naturales, capaces de destruir el cambio molecular, que constituye la perturbacion ó lesion. No ha de olvidarse el médico que, así como el péndulo busca la vertical y los líquidos su nivel, el cuerpo enfermo tiende naturalmente á la salud, lo cual debe hacerle precavido en el empleo de muchos remedios y en atribuir á otros una accion que no tienen, y por último, que del mismo modo que la sustancia del cuerpo modifica la realizacion de las determinaciones del alma, los movimientos de esta, si permitido fuera espresarse así, influyen tambien sobre los del cuerpo, de lo cual puede sacarse un poderoso recurso en el tratamiento de las enfermedades.

Con gusto continuaríamos deduciendo algunas otras consecuencias de las ideas hasta aquí expuestas, pero no nos olvidamos de la promesa que hicimos, al empezar, de ser breves y de apuntar solamente ciertas nociones cuya ampliacion dejamos aplazada para otra ocasion. Si terminaremos diciendo que un corolario de los principios filosóficos que profesamos, relativo á la conducta del Médico en la vida social, exige la más severa moralidad en el ejercicio de su profesion debiendo aspirar en ella á ser una imagen del

vir bonus medendi peritus, que define al médico como le quisieramos ver.

Esta es la medicina racional, científica progresiva que no rechaza los adelantos de otras ciencias, antes bien les desea, les solicita sin temor y sin propósito de dejarse absorber por ellas. Lo que sí rechaza es la calificación de *materialista* que muchos, con poca buena fé ó desconociendo el alcance del calificativo, la dirigen todos los dias, haya ó no motivo y oportunidad, con el intento sin duda de desprestigiarla ó de hacerse pasar ellos por personas entendidas é importantes. No es materialista porque reconoce espíritu en el hombre y aun cuando acepta la observacion y experimentacion para llegar á adquirir *experiencia* y concede á la materia la importancia, que realmente tiene en el reino inorgánico como en el organizado, no reconoce en ella *espontaneidad* ni la cree capaz de regular sus movimientos en los que obedece á la fuerza suprema con arreglo á las leyes invariables que plugo darla al Creador.

Si, á pesar de esto, continuan llamando materialistas á los que cultivamos la mas sublime de las ciencias, nosotros, firmes en nuestra conviccion, tomaremos el dictado como hueca palabreria destinada á producir efecto; *verba et voces* y nada mas.

Voy á concluir, Ilmo. Sr. dirigiendo antes una frase al cuerpo escolar.

Extenso es; jóvenes alumnos, el campo que se estiende ante vuestra vista, cualquiera sea el ramo científico que elijais; numerosos objetos y fenómenos sin cuento hallareis en qué ocupar vuestras aptitudes, vuestras aficiones y vuestros talentos; no ha de faltar especialidad adecuada al gusto y potencia de cada uno de ellos y aunque, segun he manifestado, no todo en él es amenidad y verdor, pues existen puntos llenos de aridez y de difícil acceso, vuestros Maestros se encargarán de hacer practicable el camino, sembrando de flores el estudio, para que, al buscarlas, encontréis placer y satisfaccion. Vosotros cumplireis como buenos aprovechando sus lecciones y poniendo de vuestra parte tantos grados de aplicacion como son necesarios para iniciarse siquiera en los secretos de uno cual-

quiera de los ramos, que constituyen hoy el árbol frondoso del humano saber.

Y yo interesado en vuestro porvenir y en el de esta querida y desgraciada Nación española, que en vosotros tiene fundadas las mas halagüeñas esperanzas, para animaros al estudio con el que aquellas podrán llegar á su realizacion, concluiré repitiendo el consejo de Horacio á los Pisones cuando les recomendaba el de los poetas griegos: *Nocturna versate manu, versate diurna.*—HE DICHO.



